

La América Latina posible

Carlos Alberto Montaner

Cómo afrontar el desafío del desarrollo en América Latina? ¿Cómo superar la pobreza, la violencia, la corrupción, el analfabetismo o la inseguridad? Carlos Alberto Montaner responde a estas preguntas proponiendo dos elementos claves para el desarrollo: la inversión en capital humano a través de la educación y la consolidación de un sistema democrático que garantice la seguridad jurídica. El artifice: el sector productivo de cada país.

≡ ≡ ≡

HE SIDO CONVOCADO PARA HABLAR DE LA AMÉRICA LATINA POSIBLE. El tema lleva implícita la declaración de una insatisfacción oculta, profunda, y acaso dolorosa. Aparentemente, no nos gusta como somos y quisiéramos saber si podríamos ser diferentes. El primer

paso, entonces, es precisar qué es lo que no nos gusta de nosotros; qué es lo que quisiéramos cambiar, tarea que —en rigor— no parece muy difícil. Intentemos, pues, consignar el inventario de nuestros males más evidentes.

Lo que no nos gusta

No nos gusta la pobreza de una parte sustancial de nuestras gentes. Aproximadamente la mitad de los latinoamericanos son pobres, terriblemente pobres. El 46%, señala la CEPAL, y ése es un dato pavoroso. No nos gusta la violencia

de nuestras sociedades. Nos repugnan las historias incontables de crímenes y secuestros cometidos por malcantes de inspiración política o por simples delincuentes comunes. No nos gusta saber que no son sólo ellos los criminales,

III TRIMESTRE 1995

porque no faltan los atropellos llevados a cabo por agentes de la ley que se extralimitan en sus funciones. No nos gusta el abandono, y —finalmente— la decadencia de muchas de nuestras ciudades.

No nos gustan las incomedidades de los servicios públicos: el transporte que no llega nunca, o llega abarrotado, la lentitud pasmada del correo, los teléfonos atrasados, caros y escasos, la electricidad intermitente, los caminos descuidados, la inseguridad constante. No nos gustan las pocas escuelas públicas, pobres, mal dotadas, con maestros resignados que reciben un bajo salario, y niños, millones de niños, que ni siquiera alcanzan a aprender a leer o a escribir. No nos gustan los políticos corruptos que se enriquecen a costa de los sacrificios del contribuyente. No nos gustan los burócratas ensoberbecidos, sordos a las necesidades del pueblo llano, pero solícitos ante las personas influyentes y fatalmente dóciles ante el soborno. No nos gusta que nuestros campesinos apenas tengan acceso a cuidados médicos, o que la justicia tarde tanto que sea prácticamente inútil. No nos gustan —en fin— muchas cosas de nuestro entorno.

Es fácil continuar el largo rosario de nuestras desdichas, pero no creo que sea necesario. Lo importante es constatar que son

muchas y que no tenemos temor a admitirlo. Más aún: sólo si encaramos la verdad sin miedo, con humildad, y con propósito de enmienda, es que algún día podremos aliviar o poner fin a nuestros males. De nada vale, pues, esconder la cabeza en la arena y negarnos a admitir lo obvio en nombre de un falso orgullo nacionalista. Lo mejor es llamarles a las cosas por su nombre, aunque nos duela, hasta despertar de nuestro largo sopor social. Al fin y al cabo, este auditorio está compuesto nada menos que de comerciantes y empresarios, una categoría humana correosa y realista que sabe que sólo es posible sobrevivir y progresar si somos capaces de inventariar cuidadosamente activos y pasivos, medir nuestras fuerzas a partir de auditorías bien hechas, y trazarnos objetivos muy concretos dentro de un calendario determinado.

Es cierto que América Latina no es únicamente ese desolador panorama que he descrito, y no ignoro que contamos con escritores y artistas de primer orden, con buenos deportistas, y con una pujante clase media, tenaz y honrada, que pugna por salir adelante, pero no es éste el lugar para celebrar las virtudes y enumerar los éxitos, sino para dejar constancia de lo que nos disgusta. De lo que queremos cambiar.

El gran modelo y lo que somos

Sin embargo, esta extensa lista de insatisfacciones nos remite inevitablemente a precisar un modelo paradigmático. ¿Con qué comparamos nuestras sociedades? ¿Por qué sabemos las cosas que andan mal en nuestro continente? Al fin y al cabo, nuestro mundo es un paraíso si lo juzgamos por los patrones africanos. El barrio más inseguro de Bogotá o Río de Janeiro es un vecindario idílico si lo comparamos con el más seguro de los barrios de Lagos, la capital de Nigeria. En tropel se irían los rusos —no digamos los bosnios— a vivir a la América Latina si pudieran emigrar mañana mismo.

No puede haber duda: el modelo contra el que proyectamos nuestra realidad es Estados Unidos y es Europa Occidental. Nos vemos, vemos nuestros defectos, a través de Boston y de París, de New York y de Londres, de Madrid y de Miami, de Berlín y de Los Angeles, de Roma y de Washington. Nos gustaría contar con la monumentalidad de Francia, la pujanza de Alemania, la tranquilidad de Suiza, el civismo de Inglaterra, la creatividad de Italia, la prosperidad y el seductor comercio estadounidenses. Nos gustaría moler a Europa y a los Estados Unidos, y moldear con esa arcilla una América Latina con las virtudes que le reconocemos al Primer Mundo y, lógicamente, le envidiamos.

No es mala esta actitud. Ya comenzamos a despejar incógnitas. Por la vía de la emulación, por la vía de lo que *queremos ser*, podemos encontrar esa definición de nosotros mismos que tantas cavilaciones y polémicas nos ha traído: somos, fundamentalmente, una expresión de Europa, como le es Estados Unidos, y no otra cosa distinta. Y no importa que nuestra piel sea negra, mulata o cobriza. El signo de nuestra cultura es europeo: nuestra lengua, nuestro derecho, nuestra arquitectura, nuestra religión, incluso nuestro ateísmo, son europeos, Europa es nuestra forma de entender el pasado y el presente; es nuestra manera —también— de avizorar el futuro. De ahí la profunda insatisfacción que sentimos con nuestra realidad social. Un bengalí o un bantú no tienen que medir sus villorrios polvorientos con Bruselas. Un señor de Burundi, de Nueva Delhi, incluso de El Cairo, un señor que no se siente tributario de Roma o de Madrid, de París o de Londres, no tiene por qué padecer la frustración y la rabia de un latinoamericano que se sabe inmerso en la cosmovisión europea, que se percibe como un ser fundamentalmente similar a un belga, a un holandés o a un californiano; pero no consigue, sin embargo, alcanzar el mismo grado de desarrollo económico, prosperidad y armonía social que

sus compañeros de historia y de cultura. De ahí, también, debe derivarse una clara enseñanza contra la inútil búsqueda de una originalidad institucional o sistémica latinoamericana. Si somos una expresión de Europa, como lo es, y admite sin reservas, Estados Unidos, actuemos dentro de esas coordenadas y renunciemos a *terceras vías* y a otros peligrosos juegos retóricos. No olvidemos el

El ser y el hacer

LA IMPORTANCIA DE ESTE SENTIMIENTO no puede menospreciarse. Saber que potencialmente podemos lograr grandes cosas, pero que fracasamos en el intento, nos produce una cierta incomodidad con nosotros mismos, hiere nuestra maltrecha autoestima. Hasta hace poco ese íntimo malestar se aliviaba culpando al imperialismo yanqui, al inglés, a la herencia colonial española o al Fondo Monetario Internacional, pero de un tiempo a esta parte la más descarnada sinceridad se ha abierto paso: nosotros somos los responsables de nuestros fracasos, nadie más, y no vale la pena buscar coartadas y chivos expiatorios.

Magnífico. Sin autocritica no hay cambio. Era fundamental que alcanzáramos ese rasgo de madurez para poder corregir el rumbo de nuestros pueblos. Ya sabemos lo que no nos gusta, conocemos quiénes son —o somos— responsables del desaguisado, y hemos

ejemplo del país latinoamericano que alcanzara el más alto nivel de desarrollo: Argentina. Su *milagro* económico y social se hizo de la mano de Alberdi, Sarmiento, Mitre, Roca y Avellaneda, cuando el país asumió el modelo liberal angloamericano, en la segunda mitad del siglo XIX, y todo lo perdió cien años más tarde, en la inútil búsqueda de una innecesaria originalidad.

identificado cómo nos gustaría que fueran nuestras sociedades. La pregunta que ahora se impone —claro— es absolutamente predecible: ya sabemos cómo es el panorama de ese Primer Mundo que nos fascina, pero cómo llegaron sus habitantes a ese punto y cómo se mantienen en él es lo que de inmediato tenemos que descifrar.

Los economistas clásicos afirman que el desarrollo era el resultado de una combinación entre la tierra —es decir, los recursos naturales—, el capital y el trabajo, pero la experiencia de más de dos siglos de economía posterior al surgimiento de la era industrial apuntan en una dirección diferente. Parece que son dos los elementos que determinan el signo de la sociedad: el capital humano y las instituciones. La gente y el Estado en el que esa gente actúa y realiza sus transacciones.

Naturalmente, los mejores

resultados se obtienen cuando la gente más virtuosa vive dentro del marco institucional más adecuado, pero, en general, todas las naciones conjugan de diversa manera estos dos factores. Es posible encontrar ciudadanos extremadamente virtuosos que no consiguen grandes frutos porque viven en Estados demasiado imperfectos, aplastados por instituciones inadecuadas; y es posible —aunque poco frecuente— lo contrario: Estados con un diseño institucional aceptable, cuyos ciudadanos, aunque no carecen de virtudes cívicas, no logran hacer despegar a la colectividad hasta situarla en el pelotón de avanzada. Un ejemplo de lo primero podría ser la India. Un ejemplo de lo segundo, Costa Rica.

Es importante ahondar en este aspecto de la cuestión, de manera que nadie tenga la tentación de recurrir al racismo para explicar el fenómeno del desarrollo. Es verdad que un país como Estados Unidos, de lengua inglesa y de prosapia británica, está a la cabeza del mundo, pero eso no le confiere a los anglosajones una superior categoría humana. Por el contrario, es fácil demostrar que, dentro del conglomerado de etnias que forman ese país, hay ciertos grupos *no anglos* que suelen comparecer con más éxito en los análisis demográ-

ficos comparativos. Los americanos de origen hindú, paquistaní, chino o coreano, obtienen mejores calificaciones escolares, especialmente en Ciencias, que los americanos de procedencia inglesa. Igual ocurre con los americanos de antecedentes japoneses, o con los americanos de tronco judío-ruso o centroeuropeo. No se trata, pues, de un problema de superioridad racial americana o británica, sino de un problema de superioridad institucional al que también concurre el factor de los hábitos culturales que afectan a las personas en el desempeño de sus labores y actividades. La disciplina, la laboriosidad, el respeto a la jerarquía, o la seriedad en el mantenimiento de los compromisos que cultivan tantos asiáticos en Indochina, en Corea o en el subcontinente Indostánico, dan un fruto escaso en sus patrias de origen, pero adquieren toda su eficacia cuando consiguen instalarse en la atmósfera institucional americana.

Ya estamos, pues, en el punto de mira necesario para poder comenzar a esbozar cuál puede ser la América Latina posible, y qué hay que hacer para alcanzarla. Acerquémonos un poco al capital humano que produce el milagro del desarrollo y a las instituciones en las que ese milagro se realiza.

El capital humano

¿CÓMO ES EL CAPITAL HUMANO DE LAS NACIONES

DESARROLLADAS, o —mejor aún— cómo se forma?

Naturalmente, en toda sociedad concurren millones de individualidades diferentes, pero es posible espigar en ellas cierto tipo de saberes, conductas y valores que suelen prevalecer, y a los que —en general— se les tiene en alta estima.

En cuanto a los saberes, no hay demasiado espacio para la polémica. Mientras mayor sea el número de ciudadanos instruidos, con oficios y profesiones, y mientras más alto sea su caudal de información, más elevado será el nivel de vida de toda la sociedad, menor el índice de natalidad, y más fácil la adaptación a los cambios.

Esta observación se puede matizar, pero no es posible discutir su validez general: en todas las naciones es fácilmente comprobable la relación directa entre el grado de escolaridad y el nivel de ingresos. Sólo que, si aceptamos esta premisa, nos vemos precipitados a proponer y a adoptar una política congruente de largo alcance: la primera prioridad de la sociedad es la formación de capital humano; en la instrucción y la educación de las gentes.

En términos concretos esto quiere decir que la gran tajada fiscal, la mayor, debe destinarse a formar ciudadanos, a instruirlos y a educarlos, porque en ello está la potencial creación de riquezas. Cada niño desamparado que vive de la mendicidad o del robo, no sólo es una tragedia personal, sino también un desperdicio. Su miseria nos hace a todos un poco más

pobres. Cada analfabeto incapaz de realizar trabajos complejos y productivos, no sólo desempeña el triste papel de una persona condenada a la pobreza: es una pérdida general para todos nosotros. Su pobreza nos perjudica. Nos empobrece a todos.

Lo que quiero decir es que, al margen de las muy válidas razones éticas, desde el punto de vista económico, los recursos que se dedican a la educación y a la instrucción de niños y jóvenes no forman parte del capítulo de los gastos sino del de las inversiones. La pobreza no le conviene a nadie. Nos afecta económicamente a todos. Puede ser un acto piadoso recoger de las calles de las capitales latinoamericanas a los miles de niño que deambulan pidiendo limosnas, y colocarlos en escuelas en las que se les alimente física, moral y culturalmente, pero, además de constituir un acto noble, es un magnífico *negocio* para todos nosotros. Esos pobres niños, convertidos en adultos laboriosos, productores de bienes y servicios, consumidores ávidos y pagadores de impuestos, habrán devuelto multiplicado al patrimonio común lo que el patrimonio común dedicó a formarlos.

La América Latina tiene una población extremadamente joven que crece a un ritmo vertiginoso. Este dato puede leerse como un grave problema o puede tomarse como una potencial ventaja comparativa. Si se consigue instruir adecuadamente, ese inmenso

capital humano es capaz de generar un volumen de riqueza que nos acercaría sustancialmente al perfil del Primer Mundo. Si lo mantenemos en la ignorancia, produciendo como producen los

ignorantes —o, más grave aún, si los mantenemos al margen de aparato productivo—, en el futuro estaremos aún más lejos del modelo paradigmático euronorteamericano.

Instrucción y educación

La lógica de estas reflexiones nos debe llevar a una dolorosa decisión y a una pregunta. La dolorosa decisión tiene que ver con la asignación de recursos. Hay que poner casi toda la carne fiscal en el asador educativo. Como nuestros países son pobres, muy pobres, y la hacienda pública, es —por lo tanto— paupérrima, el gasto más sabio no debe hacerse en infraestructura, en seguridad social o en las fuerzas armadas, sino en inversión en capital humano, para algún día poder romper el círculo de la pobreza. No hay duda de que sería bueno poder construirle una vivienda humilde a cada familia pobre, pero mucho más sensato es procurarle a cada miembro de esa familia la posibilidad de que cada uno de ellos, médico o albañil, abogado o tornero, se fabrique su vivienda con el producto de su trabajo honrado.

La pregunta que enseguida se nos plantea tiene que ver con el *contenido* de la formación del capital humano. Cómo se logra crear un ciudadano altamente productivo, capaz de propiciar el desarrollo de la sociedad en la que vive,

A lo largo de estos papeles he recurrido a dos palabras parecidas pero que no son, exactamente, sinónimas: *instrucción* y *educación*. La instrucción tiene que ver con saberes establecidos. Es el Teorema de Pitágoras, un poema de Rilke o el funcionamiento de una bomba para sacar agua de un pozo. La educación tiene que ver con el carácter. Tiene que ver con la disciplina, el respeto de las normas, la honestidad intelectual, el sentido de la justicia, la búsqueda de la excelencia, la seriedad en los compromisos, la puntualidad, la curiosidad científica, con un método para solucionar problemas reales, y el resto de las virtudes que caracterizan a los pueblos más y mejor desarrollados de la tierra.

El capital humano más productivo es el que combina adecuadamente la instrucción y la formación. El que integra en los seres humanos los saberes necesarios para ganarse la vida y los valores más convenientes para lograr que los frutos del trabajo de esa persona den su óptimo rendimiento, con lo cual se beneficia el conjunto de la sociedad. Una sociedad —además— en la que no

se castiga o envidia el éxito de las personas, porque entiende que ese

éxito aumenta el patrimonio colectivo.

Idiosincrasia y ética de la responsabilidad

ES PERFECTAMENTE POSIBLE DIFUNDIR en una población los valores adecuados para conseguir el éxito de la colectividad. Una buena educación —por ejemplo— defendería la ética de la responsabilidad individual e inculcaría a los ciudadanos la idea de que la consecución o logro de nuestros objetivos se debe esperar del trabajo propio y no de la ayuda de los demás o del Estado.

Pero —simultáneamente— esta ética de la responsabilidad individual tiene que poner buen cuidado en explicar hasta el cansancio, más bien, hasta la convicción, que el individuo debe armonizar dentro de las instituciones del Estado sus intereses personales y los intereses colectivos, porque si no se admite

la existencia de un bien común al que hay que cuidar esmeradamente, es imposible el desarrollo del conjunto de la sociedad

Ese equilibrio entre derechos y deberes, entre la legítima búsqueda de la felicidad personal y la admisión de que hay responsabilidades con los demás, está presente en todas las sociedades exitosas, y debe formar parte de nuestra cosmovisión si es cierto que nos proponemos alcanzar los niveles de prosperidad de las naciones más desarrolladas. Esto quiere decir que, además de la existencia de cierta conducta que favorece al desarrollo, es necesario comprender con claridad el rol que juega el individuo con relación a la sociedad y al Estado en los que vive inmerso.

Estado de Derecho

PRECISAMENTE, ALGUNOS DE LOS MÁS RECIENTES PREMIOS NOBEL de Economía —y pienso en Hayek, Coase, Becker, y en último, North— han dedicado sus mejores reflexiones a investigar los aspectos sociales y jurídicos del desarrollo económico, y todos han encontrado en el Derecho y en las Instituciones el elemento clave del éxito.

Para que el capital humano rinda sus mejores frutos, además de contar con la instrucción y la educación idóneas, deberá de tener a su disposición un Estado de Derecho concebido para que las transacciones puedan llevarse a feliz término. Un Estado de Derecho regulado por leyes justas, ante las cuales todos los ciudadanos sean iguales y no haya

grupos o personas privilegiados. Un Estado de Derecho que provea las garantías jurídicas necesarias para poder realizar inversiones a largo plazo sin temor a las arbitrariedades o a los sobresaltos provocados por las convulsiones políticas antidemocráticas.

Es importante que esto se entienda, porque ahí radica uno de los factores entre los varios que explican nuestra pobreza relativa. Sin seguridad jurídica no hay desarrollo económico ni destino colectivo. La secuencia del crecimiento es muy fácil de conocer: ahorro, inversiones y beneficios, que a su vez generan más ahorro, más inversiones y más beneficios. Pero cuando se interrumpe este ciclo en nombre de una revolución que dice conocer un atajo hacia la prosperidad lo que obtiene es la parálisis y la involución.

El ahorro, que es siempre el fruto del trabajo y del esfuerzo, tiende a buscar seguridad por encima de todas las cosas. La vieja frase resume perfectamente este fenómeno: *No hay animal más cobarde que un millón de dólares*. Lo que explica que el noventa por ciento de las inversiones internacionales se hagan en Estados Unidos, Canadá, Europa Occidental, Japón y Australia. Es verdad que un obrero de Bangladesh o de Honduras gana cincuenta veces menos que un obrero alemán o suizo, pero la rentabilidad que se deriva de invertir en mano de obra del Tercer

Mundo pesa mucho menos que el riesgo que provocan la inestabilidad social y la inseguridad jurídica.

La democracia y el Estado de Derecho, pues, no son lujos que se dispensan los países desarrollados, sino elementos que posibilitan el desarrollo económico. Y, de la misma manera que es un gran *negocio* invertir en la educación y en la instrucción de los ciudadanos, es también un gran negocio invertir en tener un Estado de Derecho, una democracia estable y un régimen de libertades civiles.

El Estado de Derecho garantiza la seguridad jurídica. La democracia estable hace posible la transmisión periódica de la autoridad, mediante elecciones que renuevan de forma predecible la cúpula dirigente, mientras el régimen de libertades civiles permite el constante escrutinio del funcionamiento del conjunto de la sociedad, tanto en el sector público como en el seno de la sociedad civil.

Es vital que se entienda este aspecto de la cuestión: la libertad no es un lujo. Es una necesidad que tiene la sociedad moderna para poder hacer auditorías, examinar sin miedo, criticar y corregir rumbos. La libertad es un componente básico de la prosperidad y no un subproducto. Y con la democracia ocurre exactamente igual: conlleva implícitos, fundamentalmente, dos elementos esenciales en el camino hacia el progreso. De una parte, se trata de un método racional de tomar decisiones y, de

la otra, se trata de la única fórmula pacífica concebida para transferir el poder que la humanidad ha creado tras la desaparición de las monarquías absolutistas hereditarias.

Por supuesto que es un sistema lleno de imperfecciones, lento y tedioso, no exento de corrupción, pero no se conoce otro mejor, mientras resulta evidente que los veinte países más prósperos de la

tierra, son, precisamente, treinta democracias liberales organizadas en torno a estos principios. Y no hay en ello una pizca de casualidades o de sorprendentes coincidencias históricas. Son países prósperos porque son libres y democráticos. Y lo seguirán siendo en el futuro, mientras se mantengan dentro de ese modelo de relación social.

El papel de los empresarios

BIEN, HASTA ESTE PUNTO SON VARIOS LOS TEMAS TRATADOS. Sabemos lo que queremos cambiar en América Latina, y conocemos el agente potencial de ese cambio: una feliz combinación entre el capital humano y las instituciones adecuadas. Nos falta quizás identificar el factor catalizador y nos falta precisar el tiempo que tomará ese cambio de rumbo. Es decir, el elemento capaz de asumir este diagnóstico y precipitar la reacción necesaria para que ocurra el milagro del desarrollo sostenido.

A mi juicio ese elemento es el sector productivo del país: los empresarios y comerciantes, los creadores de riqueza. Podría pensarse que una mutación de esta naturaleza tendría que impulsarse desde la esfera política, pero —en general— los políticos se deben demasiado a su clientela más inmediata, y están sujetos a demasiadas presiones para poder actuar libre y enérgicamente en la dirección requerida.

La reforma de la sociedad —por otra parte— también pasa, en primer lugar, por la reforma del Estado, y es difícil reclutar a la clase política para unas modificaciones que, entre otras cosas, comportan una disminución de la importancia del gobierno. La sociedad civil, en cambio, tiene las manos libres para demandar el abandono de prácticas equivocadas y para presionar en la dirección correcta. Y dentro de ese gran conglomerado que es la sociedad civil, ningún estamento posee más legitimidad para actuar que el sector empresarial. Al fin y al cabo, es en las empresas de bienes y servicios, en la industria y en el comercio, donde únicamente se origina la riqueza; esa riqueza que todos queremos que se multiplique en beneficio de la mayoría de la población.

¿Cómo pueden los empresarios desarrollar esta tarea? Muy sencillo: concibiendo y ejecutando una gran campaña de persuasión

general que explique las causas de la pobreza y lo que hay que hacer para erradicarla. Cuando una gran parte de la sociedad comprenda y comparta este análisis, y cuando entienda los fundamentos sobre los que descansa la buena fortuna de las naciones más prósperas, es muy probable que se produzca una metamorfosis de la mentalidad social y el consecuente cambio de conducta.

Los pueblos son capaces de cambiar cuando son capaces de comprender. En el siglo pasado lo hizo Japón, nación que se saltó la primera Revolución Industrial a fines del XVIII, y no fue hasta la segunda mitad del XIX cuando se dedicó a abandonar el medievo y a entrar de lleno en la Edad Moderna. Lo hicieron, en las últimas tres décadas, los llamados tigres o dragones de Asia, y nosotros también podemos hacerlo.

¿Cuánto tiempo nos tomaría ese cambio prodigioso? Desde luego, mucho menos de lo que le tomó a Inglaterra o Estados Unidos alzarse con el liderazgo del planeta, porque hoy estos procesos son casi vertiginosos. Ya no se trata de esperar siglos, sino de hacer bien las cosas durante un par de generaciones. Los taiwaneses que hoy tienen 65 años, y viven en una próspera isla de la que han sido erradicados la pobreza y el

analfabetismo, ya cuentan con cinco mil dólares *per cápita*, pero cuando tenían 20 años, en 1948, vivían en un sitio insalubre, que apenas producía un poco de arroz, cuyo *per cápita* era de unos sesenta dólares anuales. Los taiwaneses de 65 años han visto, en el curso de la vida de cada uno de ellos, el milagro del desarrollo.

En los noventa los latinoamericanos tenemos unas posibilidades de desarrollo infinitamente mejores que las que tenían los taiwaneses en 1948, pero debemos hacer las cosas seria e inteligentemente para conseguir el despegue. No hay duda de que se trata de un camino difícil, de un campo minado por los prejuicios y por la vieja retórica, pero no es imposible poner fin a ese trágico destino que, hasta ahora, parece signar nuestras vidas.

La América Latina posible puede ser tan próspera y feliz como las más avanzadas de las naciones del Primer Mundo, pero para ello tiene que someterse al modo de comportamiento de ese Primer Mundo cuyo fulgor suele despertar nuestra envidia y concitar nuestra frustración. Si todos queremos que ese milagro ocurra, cuanto antes tenemos que ponernos en camino. Es una senda larga y trabajosa, pero créanme que no hay otra. ☺